

LECCION XIX.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Tercera parte de la misa (continuacion). — Ofertorio en los tiempos presentes.

Visto el modo como se hacia el Ofertorio hasta el siglo IX, vamos á explicar cómo se hace en el dia; el sacerdote descubre el cáliz, á propósito de lo cual diremos que el uso de cubrir el cáliz con un velo existia ya en los primeros tiempos del Cristianismo¹, y manifiesta el respeto que la Iglesia ha profesado constantemente á los vasos destinados al altar; descubierto el cáliz, extiende el corporal, es decir, el lienzo sobre que debe descansar el cuerpo de Jesucristo. El corporal debe ser de lino, porque de lino era el sudario con que fué envuelto Nuestro Señor, y asimismo lo decia san Jerónimo hace mil cuatrocientos años; el uso del corporal ha sido establecido por la Iglesia para mayor limpieza y para evitar los inconvenientes que podrian resultar de derramarse una gota de la preciosa sangre. Antiguamente el corporal era tan largo y ancho como la parte superior del altar, de modo que debia doblarse varias veces sobre el cáliz para cubrirlo²; mas como fuese esto muy incómodo, sobre todo desde que se introdujo la elevacion del cáliz, que algunos pretendian tener cubierto aun al elevarlo, se hicieron dos corporales mas pequeños; uno que se extiende encima del altar, y el otro doblado del mejor modo para cubrir el cáliz, poniendo algunas veces un carton entre los dos dobleces de este último, á fin de que se mantuviese mas firme y de que fuese mas manual; el nombre que se le da es el de palia, que significa capa ó cobertor³.

Descubierto el cáliz y extendido el corporal, el sacerdote toma la patena, sobre la cual está colocado el pan pequeño y redondo que llamamos hostia, es decir, víctima, porque debe ser cambiado en víctima santa; y sosteniendo la patena con ambas manos á la altura del pecho, el ministro sagrado eleva los ojos hácia el cielo y luego los inclina al suelo, expresando con tal postura y gesto que ofrece al

¹ Canon. apost. 72; Bona, lib. I, c. 25.

² S. Greg. Tur. *Hist.* lib. VII, c. 12.

³ Pallium; Bona, lib. I, c. 27. En Italia no existe el carton⁴, lo que hace mucho mas sensible el origen de la palia.

⁴ Tampoco lo hay en España donde, como en Italia, se usa para cubrir el cáliz de un lienzo sencillo, bien que guarnecido de encajes. (Nota del Censor de la LIBRERÍA RELIGIOSA.)

Dios que está en el cielo aquella hostia tan santa y tan pura, á pesar de no ser mas que un indigno pecador; al mismo tiempo dice: «Re-cibid, Padre santo, omnipotente y eterno, la hostia inmaculada que os ofrezco, yo que no soy mas que vuestro indigno siervo, á Vos que sois mi Dios vivo y verdadero, por mis pecados, mis ofensas, y mis omisiones que son infinitas, por todos los asistentes y por todos los fieles cristianos, vivos y muertos, á fin de que aproveche á ellos y á mí para la salvacion de la vida eterna. Así sea.»

El sacerdote termina esta oracion haciendo la señal de la cruz, como para colocar á la víctima en la cruz donde debe ser inmolada¹; en seguida coloca la patena, parte sobre el corporal, cubriendo la otra parte con el purificador, á fin de conservarla con la limpieza posible hasta que la necesite para la fraccion de la hostia; limpia el cáliz con un lienzo, llamado *purificador*, y derrama en él el vino y luego el agua, pero esta en pequeña cantidad, porque la materia del sacrificio, la de que se sirvió el Salvador, es el vino y no otro líquido. Esta mezcla de agua y de vino es tan antigua como la institucion de la santa Eucaristía, pues la tradicion nos anuncia que el Salvador puso agua en la copa de vino que consagró², en lo que se conformó con el rito de los Judíos, segun el cual debia haber en la copa pascual vino mezclado con agua.

Semejante mezcla está llena de misterios, de los cuales el mas instructivo para nosotros es este: el agua representa el pueblo, idea expresada por el mismo san Juan³ y por otros muchos santos Padres⁴; y debiendo nosotros no formar con Jesucristo mas que un solo cuerpo, debemos por consiguiente ser consagrados con él: Jesucristo se hizo semejante á nosotros tomando nuestra naturaleza; pero quiere además que la union sea perfecta y que nos hagamos semejantes á él revistiéndonos con su divinidad. Pues bien, aquella mezcla de agua y de vino es una imágen de la adorable union de Dios y del hombre que se verificó en la encarnacion; de la union del hombre con Jesucristo que se verifica en la comunión, y de la consumacion del hombre en Dios que se verificará por medio de la gloria⁵. Estas son las grandes ideas que se expresan en la oracion que hace el sacerdote al bendecir el agua que representa al pueblo fiel, el agua que va á confundirse con el vino del sacrificio, al pueblo que por la transustanciacion en breve no formará mas que uno con su Señor Jesucristo.

¹ Durandus, lib. IV, c. 30, n. 15.

² Véanse las liturgias de san Jaime, de san Basilio y de san Juan Crisóstomo; á san Justino, *Apol. II*; á san Cipriano, lib. II, *Epist. III*, etc.; á Bona, lib. II, c. 9.

³ Apoc. xvii, 15.

⁴ S. Cyril. *Epist. LXIII*.

⁵ *Mixtura Dei et hominis. (S. Aug.)*

« ¡ Dios mio! dice el sagrado ministro, Vos que dotásteis tan admirablemente al hombre de tan noble naturaleza, y que le rescatásteis de un modo mas admirable aun, haced que por el misterio de esta agua y de este vino seamos partícipes de la divinidad de vuestro Hijo Jesucristo, nuestro Señor, quien tuvo á bien participar de nuestra humanidad, él que siendo Dios vive y reina junto con Vos en la unidad del Espíritu Santo, en todos los siglos de los siglos. » Así sea. »

En las misas de Difuntos el sacerdote no bendice el agua con la señal de la cruz, por causa de la misteriosa significacion del agua; en efecto, no se emplea aquel signo exterior para bendecir el agua, símbolo del pueblo, porque se trata entonces de las almas del purgatorio, las cuales no pueden ser bendecidas por el celebrante. Hemos dicho que únicamente se pone en el cáliz una escasa cantidad de agua « á fin, dice un concilio, de que la majestad de la sangre de Jesucristo sea en él mas abundante que la fragilidad del pueblo representado por el agua¹. » En las misas solemnes el subdiácono es el que pone el agua en el cáliz y el diácono presenta el pan y el vino, á fin de que conozcamos con evidencia que el sacerdote no ofrece solo, que no sacrifica para sí solo, que no desempeña un ministerio extranjero para el resto de los fieles: el diácono y el subdiácono, que son como un intermedio entre el lego y el presbítero, representan en esta ocasion el pueblo entero; y poniendo en manos del celebrante las sustancias que deben ser consagradas, las ofrecen en cierto modo en nombre del pueblo por manos del sacerdote. ¡ Qué leccion para todos!

Y ¿ qué dirémos de la que se desprende de los elementos elegidos por el Salvador para su sacrificio? El pan, compuesto de muchos granos de trigo, y el vino, hecho de muchos granos de uva, representan admirablemente la Iglesia, compuesta de muchos miembros extraídos de la masa corrompida, para ser convertidos en Jesucristo y formar su cuerpo místico, del mismo modo que aquel pan y aquel vino se han trocado realmente en su cuerpo natural y en su verdadera sangre. ¿ Qué enseñanza y qué aplicacion mas elocuente se quiere de esta verdad, base de todas las sociedades, principio de todas las virtudes y de todos los generosos sacrificios: *No debéis tener entre todos sino un corazón y un alma?*

Así pues, el pan y el vino ocupan el lugar de los que los ofrecen, y con ellos el de toda la Iglesia, pues siendo el pan y el vino el alimento, la subsistencia, y como la vida de los hombres, al ofrecerlos en el altar, ofrecen en cierto modo su vida y el mundo entero que fué criado para ellos; ofréncense á sí mismos á Dios á fin de ser sacrificados

¹ Concilio de Tribur, can. 19, celebrado en 895.

dos á su gloria con su jefe Jesucristo, y en efecto, esta es la verdadera disposicion en que debemos encontrarnos para hacer la oblacion del pan y del vino con el celebrante. *Cuando te sentares á comer con un príncipe, dice la Escritura, mira con atencion las cosas que te han puesto delante. Y pon un cuchillo en tu garganta, y sabe que el príncipe espera que le corresponderás con otro tanto*¹. « Y ¿ cuál es esta mesa, pregunta san Agustin, sino aquella en que recibimos el cuerpo y la sangre de Jesucristo? Y ¿ qué significan estas palabras: Y sabe que el príncipe espera que le corresponderás con otro tanto, sino lo que dijo san Juan: *Así como Jesucristo dió su vida por nosotros, así tambien debemos nosotros darla por nuestros hermanos*²? » Así pues, al acercarnos al augusto sacrificio, al asistir á la misa, debemos hacerlo como víctima, y víctima inmolada con Jesucristo y por los mismos fines que Jesucristo, es decir, por la gloria de Dios y el bien de nuestros hermanos; esta grande disposicion contiene todas las demás.

Preparado así el cáliz, el sacerdote vuelve al medio del altar, y lo ofrece como ha ofrecido el pan, con la diferencia de que no habla solo por sí, sino en nombre de toda la asamblea, á la que eleva, por decirlo así, hácia el cielo en aquella agua mezclada con el vino del cáliz; así pues, con la vista fija en las santas montañas y teniendo el cáliz á la altura de su frente, dice: « Os ofrecemos, Señor, esta copa salvadora, y pedimos á vuestra clemencia que la haga ascender como un suave perfume hasta la presencia de vuestra divina Majestad, para nuestra salvacion y la del mundo entero. Así sea. » Esta bella oracion nos manifiesta claramente lo mismo que dijo Tertuliano; esto es, que Jesucristo es el sacerdote católico del Padre; su sangre purificó la tierra y el cielo, pues *él es propiciacion por nuestros pecados, y no tan solo por los nuestros, mas tambien por los de todo el mundo*³.

Despues de esta oracion el sacerdote hace con el cáliz la señal de la cruz en el altar, para manifestar que coloca la ofrenda sobre la cruz de Jesucristo; y luego, como debemos temer que nuestra indignidad mezcle á la ofrenda algo que sea desagradable á Dios, el sacerdote se inclina sobre el altar con las manos juntas, en actitud suplicante, y dice en nombre de todos los asistentes lo mismo que repetian los jóvenes hebreos cautivos en Babilonia, al ofrecerse valerosamente en holocausto para ser arrojados al horno: « Recibidnos, Señor, á nosotros que nos presentamos ante Vos con espíritu humillado y con razon contrito, y haced que nuestro sacrificio se cumpla hoy

¹ Prov. xxiii, 1, 2; Eccli. xxxi, 12. Véanse respecto de esto los magníficos Comentarios de los santos Padres en Cornel. à Lapid. in *Proverb.* xxiii, 1, 2, y *Eccli.* xxxi, 12.

² S. Aug. *Serm.* XXXI.

³ I Joan. ii, 2.

» en vuestra presencia de un modo que os lo haga agradable. »

Entonces el celebrante eleva los ojos y las manos al cielo para llamar al Espíritu Santo, al Espíritu de fuego, al Espíritu santificador, que consumió algunas veces visiblemente los holocaustos antiguos, y que cada día consume, cambiándolos de un modo tan admirable, los dones que ofrecemos. Para ello dice : « Venid, Santificador omnipotente, eterno Dios, y bendecid este sacrificio preparado en gloria de vuestro santo nombre. » Al pronunciar la palabra *benedicid*, hace la señal de la cruz sobre el cáliz y sobre la hostia, para indicar que solo por la virtud de la cruz espera del Espíritu Santo la santificación de los dones que deben ser convertidos en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo.

¡ Ah, precioso momento para ofrecernos ! ¡ precioso motivo de confianza ! No somos presentados solos á Dios, no ; ¡ ay ! ¿ quién nos admitiera con nuestra indignidad ? pues presentados con Jesucristo formamos con él una sola persona ; esto hace que Dios, por decirlo así, no puede ya rechazarnos, y como no puede negar nada á su Hijo, como le complace siempre, según expresión de san Pablo, por el respeto que le es debido, de aquí que se ve obligado á recibirnos con él, quedando nuestra miseria y nuestra imperfección oculta y como absorbida en la infinita dignidad de la persona de Jesucristo. Penetrémonos, pues, de los sentimientos de oblación á que la circunstancia nos invita ; ofrezcamos el bien que está en nosotros á fin de que, unido á los méritos del Salvador, sea purificado de las imperfecciones con que lo mezclamos y sea digno de Dios ; ofrezcamos el mal que está en nosotros á fin de que sea ocultado y consumido por la inmensa caridad de la víctima ; ofrezcamos también nuestro cuerpo y sus sentidos todos, nuestra alma y todas sus facultades, pues Jesucristo, nuestro hermano mayor, nada se reserva, y desde el momento en que asistimos á su sacrificio cesamos de pertenecernos, y consentimos en ser víctimas con él, y en ofrecerlo todo á Dios, de quien todo lo hemos recibido y á quien todo pertenece.

En las misas solemnes, después de la oración *Offerimus* : Ofrecemos, el diácono toma la patena de encima el altar y la entrega á un acólito, el cual la guarda cubierta hasta llegar al *Pater* : la razón de semejante ceremonia es la siguiente : Durante los seis primeros siglos consagrábase el pan sobre la patena¹, mas colocado después sobre el corporal no fué ya necesaria aquella para romper la hostia, y si bien se habría podido dejar en el altar como se practica en las misas rezadas, si hubiese sido siempre tan pequeña como ahora, sin embargo, como siendo las asambleas muy numerosas, y debiendo comulgar en ellas gran número de fieles, debía la patena contener cuanto el sacerdote

¹ Sac. S. Greg. *apud Menard*. pág. 154.

consagraba, era por lo tanto un plato muy grande del que convenia desembarazar el altar después de la oblación¹. Esta es la razón de una ceremonia que al mismo tiempo que nos recuerda el fervor de nuestros padres por la comunión, nos transporta á una época anterior á la nuestra de once siglos.

La patena se guarda en la iglesia por uno de los ministros en vez de ser llevada á la sacristía, á fin de que el sacerdote la tenga á la mano cuando la necesite ; y al terminar el *Pater*, el acólito la entrega al subdiácono y este al diácono, el cual la conserva por un instante elevada á fin de advertir al pueblo que se acerca el momento de la comunión, llevándola en seguida al altar y presentándola al celebrante². En las misas solemnes luego de terminadas estas oraciones y ceremonias, el diácono presenta la naveta al celebrante, quien bendice el incienso é incienso primeramente el pan y el vino ; según hemos dicho ya, el incienso es el símbolo de nuestras oraciones y de la ofrenda de nosotros mismos, y el sacerdote incienso el pan y el vino, para indicar mas sensiblemente que unimos á estas oblationes nuestros votos, nuestras personas y nuestros bienes : así lo expresan claramente las oraciones que el sacerdote reza durante la incensación de las ofrendas y del altar.

En algunas iglesias se verifica después de la incensación la ofrenda del pan bendito, lo mismo que las diferentes cuestaciones, siendo de gran importancia reanimar nuestra fe sobre estas costumbres tres veces venerables por su antigüedad, por los tiernos recuerdos que despiertan, y por las lecciones que de ellas se desprenden.

En esto conocerán todos que sois mis discípulos, decía el Salvador, *si tuviéreis caridad entre vosotros*³ ; y fieles á este mandato nuestros padres en la fe solo tenían un corazón y un alma⁴, no siendo la Iglesia otra cosa que una gran familia esparcida por todas las partes del mundo : sin embargo, aquellos hermanos que se amaban sin haberse visto jamás quisieron darse entre sí un signo visible de la caridad que los unía, y eligieron el mas elocuente de todos, el pan, pues compuesto este de muchos granos de trigo de tal modo mezclados que forman un solo y mismo todo, expresaban, enviándoselo, que todos ellos eran uno, semejante en cierto modo á las divinas Personas que son uno solo entre sí. Á este pan se le dió el nombre de eulogia en razón de que se bendecía antes de enviarlo ; esta costumbre data de los tiempos apostólicos⁵, y también se remitía la Eucaristía, que los

¹ Se ha hablado de patenas de oro y de plata que pesaban veinte y cinco y treinta libras.

² Rubriq. de miss. paris.

³ Joan. XIII, 35.

⁴ Act. IV, 32.

⁵ S. Paulin. *Epist. XLI ad S. Aug.*

diáconos llevaban á las iglesias mas apartadas ¹; siendo este el venerable origen del pan bendito.

En un principio estuvo en uso para indicar y conservar la union entre los cristianos separados entre sí, y luego como un signo de union entre los que se encuentran juntos en una misma misa; pues si bien el signo de union por excelencia es la comunión, como por desgracia en los tiempos actuales no todo el mundo comulga, la Iglesia ha instituido otro signo que suple la recepcion del cuerpo y de la sangre del Salvador, á fin de que los cristianos de hoy puedan decir como los de los primeros dias: *Participamos de un mismo pan* ². ¡Y bien! ¿es posible hallar un medio mejor para recordar á los hombres la gran verdad, base de las sociedades y garantía de la felicidad pública, á saber, que son todos hermanos, todos iguales delante de Dios, puesto que todos comen el mismo pan; que deben amarse los unos á los otros y no formar mas que una sola familia? ¡Oh Dios mio! ¿por qué vuestra santa Religion es tan mal comprendida y peor observada ³?

Lo que antecede nos manifiesta los sentimientos de respeto, de alegría, de caridad y de confianza que debemos abrigar al recibir el pan bendito. 1º. Debemos respetarlo, pues los Padres de la Iglesia advierten á los fieles tener un profundo respeto por estos dones, en cuanto han recibido la bendición de los sacerdotes, y no permitir que sea pisada, ni aun por un involuntario descuido, la menor parte de ellos. 2º. Debemos recibirlo con sentimientos de alegría y de caridad, pues ¿por ventura no es muy dulce sentarse con sus hermanos á la mesa del Padre comun, y comer en ella el mismo pan sin distincion de ricos ni de pobres, de sabios ni de ignorantes; y pensar que millares de corazones responden á los latidos del nuestro, y que el pan de fraternidad que comemos en aquel momento, otros hermanos nuestros lo comen tambien en Asia, en América, en China, y aun en las islas, hasta poco há salvajes, de la Oceania? Tan grande leccion de caridad ¿fué jamás tan necesaria como en un siglo en que el egoismo tiende á marchitar los corazones, en que el lujo ha puesto entre los hombres tan grandes desproporciones? 3º. Debemos comerlo con santa confianza, porque aquel pan, para nosotros bendecido, puede alejar de nuestros cuerpos y mas todavía de nuestras almas cuanto pudiera turbar su armonía, y esto con la remision del pecado venial.

Junto con el pan bendito se ofrece un cirio y una moneda, costumbre que nos traslada á los tiempos antiguos en que los fieles ofre-

¹ Ibid. y Eusebio, lib. V, c. 24.

² I Cor. x, 17.

³ En la diócesis de Besançon no se reparte el pan bendito el dia de Pascua, pues como aquel dia todos están obligados á participar de la realidad, el símbolo ó imagen es del todo inútil.

cian cuanto era necesario para el sacrificio y para la subsistencia de los sagrados ministros: el pan, las luces y las limosnas.

En muchas iglesias, á la distribucion del pan bendito sigue la cuestacion, costumbre que á nuestro entender es tierna y natural entre todas; en efecto, las *doctrinas* y las *ceremonias* de la Iglesia deben traducirse en buenas obras, porque la caridad es esencialmente activa; y despues que los hijos de la gran familia han comido el pan de la fraternidad, quiere la Iglesia que den pruebas reales y eficaces de la caridad que los une; así es que se presenta á ellos implorando su compasion por sus hermanos necesitados: ya son huérfanos que deben ser criados; ya pobres vergonzantes que deben ser socorridos y alojados; ya achacosos ancianos á quienes es preciso procurar los consuelos y cuidados que su edad y sus sufrimientos reclaman; ya enfermos, moribundos á los que son necesarios auxilios corporales ó espirituales; ya difuntos, porque los difuntos son tambien nuestros hermanos; ya finalmente es el mismo Jesucristo pidiendo por su altar que no está adornado con toda la decencia que conviene, por su templo, cuya desnudez y pobreza excitan la compasion de los mismos pobres.

Estas causas, que dan motivo á nuestras cuestaciones, existian ya hace diez y ocho siglos, y el mundo vió al gran Apóstol, recorriendo las vastas provincias de la Grecia y del Asia, haciendo en las asambleas de los fieles cuestaciones para sus pobres hermanos de Jerusalem. « Estableció, dice san Juan Crisóstomo, que tendrian lugar » el domingo ¹; y en su consecuencia al llegar el dia del sol, es decir, » el domingo, cada uno de nosotros, dicen Tertuliano y san Justino, » lleva á la asamblea su módica ofrenda, proporcionada á sus medios; » nadie está obligado á contribuir con una cantidad fija, y se forma un » tesoro de piedad que empleamos en consolar á los pobres, á los enfermos, á los huérfanos, á los desterrados, y á los que están condenados á las minas á causa de su fe ². »

Si preguntais por qué estableció san Pablo que las cuestaciones y limosnas se hiciesen especialmente el domingo, os contestará san Juan Crisóstomo diciendo: « Porque el domingo es el dia en que el » infierno fué vencido, el pecado aniquilado, los hombres reconciliados con Dios, y devuelta á nuestra raza su antigua gloria, ¿qué » digo? una gloria mayor, en la que alumbra el sol el admirable » milagro del hombre convertido de repente en inmortal. Pablo, que » deseaba conmovier nuestro corazon, eligió este dia para implorar » nuestra caridad, diciéndonos: Piensa, ó hombre, en los males de » que te has visto libre en este dia, y en los bienes de que durante

¹ Serm. XXII.

² Apol. c. 39.

» el mismo has sido colmado. Si celebramos con banquetes y regalos » á nuestros amigos el aniversario de nuestro nacimiento, ¡ con cuánta » mayor razón debemos honrar con nuestras liberalidades el día que » puede ser llamado sin vacilar el del renacimiento de todo el género » humano ¹! » El mismo Padre exhorta en seguida á los fieles á destinar cada domingo algo para los pobres, pues san Pablo no exceptúa á nadie cuando dice que cada uno, *unusquisque*, haga alguna limosna, ni aun á los pobres, pues sin duda no lo serán tanto como la viuda del Evangelio, la cual solo tenía dos pequeñas monedas y las dió.

El elocuente Patriarca manifiesta acto continuo la razón porque la Iglesia permite que los pobres mendiguen en la puerta de sus templos: « Esto es, dice, para que puedan todos purificar sus manos y su conciencia por medio de la limosna antes de entrar en ella; la costumbre de establecer fuentes delante de las puertas de las iglesias y de los oratorios, á fin de que sea posible lavarse las manos antes de entrar y de orar en ellas, es sin duda muy laudable y santa, pero mas santa y mas necesaria es todavía la que coloca á los pobres en la puerta de nuestros templos para lavar las manchas de nuestra alma, antes de presentarnos delante de la majestad del Dios tres veces santo; así pues, nuestros padres pusieron á los pobres en las puertas de nuestras iglesias como fuentes de purificación, pues la limosna es mas eficaz para purificar nuestras almas que el agua para purificar nuestras manos ². »

Guardaos, pues, de abolir las cuestaciones de nuestras misas solemnes, pues destruiríais uno de los mas preciosos restos de nuestra santa antigüedad: concíbese fácilmente que los Protestantes, para quienes el pasado es mudo, y cuyas doctrinas dividen en lugar de unir, hayan suprimido las cuestaciones; pero la Iglesia católica las conservará mientras sea fiel heredera del pasado, mientras sienta en su corazón un amor maternal, mientras sepa que la caridad debe producirse con obras y no con vanas palabras. Por otra parte, ¿ qué preparación mejor puede haber para el sacrificio y la santa comunión que esta limosna hecha por el amor del Dios que va á darse á nosotros, y en presencia de los fieles para edificarles?

Volvamos ahora al altar, y ved al sacerdote volviendo al lado de la Epístola y lavándose los dedos; antigua ceremonia que se funda en dos razones, natural la una y misteriosa la otra: la natural consiste en que las dos ceremonias que preceden, á saber: la recepción de las ofrendas de los fieles, del modo que se practicaba en los pasados siglos, y la incensación, que se practica todavía, pueden manchar

¹ Si nos natalitia celebramus, etc., quanto magis nobis dies iste observandus, quem si quis natalitium totius naturæ humanæ appellet, non errabit! (*Serm. XXII.*)

² *Serm. XXV.*

las manos y exigir que el sacerdote se las lave por razones naturales y de decoro; la razón misteriosa consiste en enseñar á los sacerdotes y á los fieles que para ofrecer el sacrificio deben purificarse de las menores manchas. « Habiéis visto, dice san Cirilo de Jerusalén, que un diácono presenta lo necesario para lavarse las manos al sacerdote celebrante y á los demás presbíteros que se hallan al rededor del altar; y ¿ pensáis acaso que sea esto para limpiarse el cuerpo? De ningún modo, pues al entrar en la iglesia no tenemos por cosa tumbre hallarnos en estado de tener necesidad de lavarnos para estar limpios; aquel lavatorio nos recuerda que debemos estar puros de todos nuestros pecados, en cuanto nuestras manos significan las acciones, y lavar nuestras manos no es otra cosa que purificar nuestras obras ¹. »

Conforme á semejante idea, la rúbrica solo prescribe á los sacerdotes la ablución de la extremidad de los dedos; « ablucion, dice san Dionisio, que no se hace para lavar el cuerpo, pues lo ha sido ya, sino para indicar que el alma debe purificarse de sus menores manchas, y por esto es que el sacerdote se lava únicamente el extremo de los dedos y no las manos. » Al lavarse las manos, el celebrante reza el salmo *Lavabo*, que se adapta tan admirablemente á aquella acción, que ya en los primeros siglos se rezaba en igual circunstancia ². ¿ Nada dice á los fieles semejante espectáculo? ¿ No deben ellos también estar puros para asistir á los tremendos misterios? Si es así, repitan entonces con toda la sinceridad de sus corazones: Lavadme, Señor, de todas mis iniquidades, purificad las ideas de mi mente y los deseos de mi corazón, á fin de que pueda unirme á las disposiciones del sacerdote, y participar de los frutos del sacrificio.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por recordarme con la ofrenda del pan bendito que todos somos hermanos; hacednos la gracia de que nos amemos los unos á los otros como á hijos de una misma familia.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *contribuiré siempre que pueda á la cuestacion del domingo.*

¹ *Catec. Mist. V.*

² S. Dionys. *De Eccl. Hier.* c. 53; Liturg. S. Chrys. *Euchol.* Græc. p. 60.